

Por un proceso pastoral de las pequeñas comunidades

*LUIS NARVARTE FERNÁNDEZ**

INTRODUCCIÓN

El proceso pastoral juvenil es el camino de conversión que la Iglesia propone a los jóvenes catecúmenos para acompañarles en la travesía que va desde la convocatoria hasta la integración plena como adulto en la fe en la comunidad eclesial. Este recorrido es, sin embargo, una realidad compleja en la que intervienen muchos factores (psicología del joven, ambiente cultural desfavorable, deficiencias en la puesta en práctica de los proyectos pastorales, etc.) que hacen que el crucial objetivo final de la desembocadura de los jóvenes, de una manera vocacional y plena en la Iglesia, no se consiga en la mayoría de las ocasiones. Es precisamente en esta última y más importante etapa donde los procesos pastorales muestran mayores deficiencias, falta de recursos pastorales, carencia de referencias, e incluso ausencia de propuestas que ayuden a definir al joven su pertenencia concreta a la Iglesia. Ante esta necesidad se hace prioritario plantear procesos de pastoral juvenil completos, que propongan al catecúmeno, como etapa final, un discernimiento vocacional, la opción por un proyecto de vida fundamentado en su experiencia de fe y que concrete en lo cotidiano las claves evangélicas, y la pertenencia a la Iglesia, entre otras opciones, a través de pequeñas comunidades cristianas insertas en las parroquias de los barrios, pueblos y ciudades. En este sentido, es clave la existencia de pequeñas comunidades que actúen como referencia y sostengan dicho proceso: no hay proceso que

* Profesor de la Universidad Politécnica de Madrid y Presidente del Instituto Enmanuel Mounier, Madrid.

desemboque en pequeñas comunidades sin la existencia acogedora de alguna de ellas. Pero no lo es sólo desde el punto de vista de los catecúmenos, sino desde la perspectiva de la propia Iglesia, pues estas comunidades constituyen uno de sus elementos configuradores básicos.

De cómo ayudar a realizar esta difícil pero apasionante tarea, es de lo que trata lo que presentamos a continuación.

I. EL PUNTO DE PARTIDA: LA REALIDAD DEL JOVEN

Por poner una fecha significativa, la caída del muro de Berlín (1989) significó la entrada en la era de la globalización económica y la cultura posmoderna. Se caracteriza por la vivencia desde el yo y lo inmediato, y por la desconfianza en los macrorrelatos y las grandes propuestas (el pensamiento débil). La posmodernidad proclama el «fin de la historia»: con el Estado de bienestar ya se ha alcanzado la meta que perseguía la Humanidad, y, por tanto, ya no existe un horizonte en el que situar los acontecimientos. Como diría J. E. Vecchi, la historia es «un presente continuamente renovado», en el que se obvia el pasado y se acorta el futuro. La posmodernidad se centra en lo privado frente a lo público, lo individual frente a lo colectivo, lo subjetivo frente a lo objetivo, y se produce la pérdida de referencias. La religión ya no explica nada, ya no da sentido al misterio del hombre, y la ética se acomoda a los intereses de cada individuo¹. Este ambiente postmoderno en el que nos hallamos inmersos determina en gran medida la personalidad de los jóvenes y el modo de ver y experimentar su realidad circundante, de tal manera que sus rasgos fundamentales se podrían englobar en los siguientes²:

¹ Cf. Movilla, S., *Iniciación cristiana de jóvenes: Crecer en la fe en grupos y edades juveniles*. Ed. CCS 1994, pp. 1-9.

² Cf. Rivera, J. A., «Los jóvenes españoles ante un final de siglo marcado por la incertidumbre. Radiografía de Jóvenes españoles 99», *Sinite* n.º 124, vol. 41, pp. 211-238.

- a) *Ruptura entre el horizonte y lo cotidiano.* La juventud mantiene valores clásicos que le son propios, tales como su capacidad de soñar una sociedad mejor, su sensibilidad ante la injusticia, su generosidad, su rebeldía ante los convencionalismos, etc. Es intrínseco al joven posicionarse positivamente ante el horizonte. Pero una sociedad resignada a vivir lo cotidiano, sin plantearse el sentido de la propia vida y del mundo, difícilmente puede plantear alternativas y propuestas en lo concreto, ni mucho menos ser referencia del joven en el caminar hacia un horizonte común. Al final, el sueño se rompe, se convierte en un imposible, y todo aquello que comporta sentido del deber y del sacrificio, y que supone un esfuerzo, es rechazado por el joven. Desaparece la pregunta del sentido.
- b) *Presentismo.* El paso de la adolescencia a la juventud viene marcado por el comienzo en la toma de decisiones que comprometen toda la vida del joven (elección de carrera, búsqueda de trabajo, emancipación, formación de una familia, etc.) y, sin embargo, éste se encuentra con una serie de dificultades sociales que tiene que afrontar y ante las que carece de las necesarias referencias estables y definitivas que le acompañen. Más bien al contrario, las propuestas que se le presentan son variadas y divergentes, sin conformar un único y completo marco de referencia, propias de una sociedad caracterizada por una mentalidad hedonista, liberal e insolidaria. Ante esta situación, el joven tiende a vivir sin proyección de futuro, sin opciones vitales, en un continuo presente, en la inmediatez de lo inmediato, en el compromiso puntual y no exigente.
- c) *Relativismo.* Nuestra sociedad caracterizada por el consumismo, el presentismo al que hacíamos referencia, la ruptura de los valores morales, la excesiva permisividad, la tolerancia, la fragmentación de la verdad... lleva a los jóvenes al relativismo del «todo vale» y del «todo da igual», y, como consecuencia, a la ausencia de cosmovisiones y referencias que estructuren su personalidad y su vida. El resultado final es el predominio de lo inmediato, sin más criterio que el interés personal del momento.

II. ANÁLISIS DE LA RESPUESTA PASTORAL

Ante esta problemática en la que se encuentra nuestra sociedad en general, y nuestros jóvenes en particular, es inmediato preguntarse si la respuesta pastoral que damos responde efectivamente a esta realidad.

Los procesos de pastoral juvenil en nuestras parroquias

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que «la realidad pastoral que tenemos en muchas parroquias es que una gran parte de los confirmados dejan los grupos, la vida parroquial, e incluso la eucaristía dominical»³. Este abandono se produce en los momentos cruciales en que el adolescente vive la transición hacia la juventud o de ésta hacia la adultez y como consecuencia de este vacío y del «propio dinamismo psicosocial que viven, tienden a comprender la fe desde sus parámetros, y más que convertirse al Dios de Jesús, acomodan el Evangelio a sus propias motivaciones y conveniencias»⁴. Las causas de este abandono son complejas. Algunas, las que tienen que ver con la corriente cultural que vivimos, ya las hemos mencionado en el apartado anterior. Sin embargo, hay otras que son responsabilidad directa de los procesos de pastoral erróneamente planteados: «Hay parroquias que no saben qué hacer con los recién confirmados; éstos suelen engrosar durante uno o dos años el llamado grupo de postconfirmación o de jóvenes; realizan durante este tiempo alguna tarea apostólica, y terminan por dejar el grupo y la parroquia cuando la vida personal, afectiva, universitaria o profesional se complica un poco».⁵ Lamentablemente esto lleva a la constatación de que, en nuestras parroquias, la presencia de jóvenes cristianos maduros integrados y comprometidos con la comunidad eclesial es bien escasa. Como

³ Sastre, J., «Algunas claves para una pastoral renovada del sacramento de la confirmación», *Separata de Teología y Catequesis*, n.º 74, abril-junio 2000. Centro de estudios San Dámaso, p. 62.

⁴ Sastre, J., «Algunas claves...», p. 63.

⁵ Sastre, J., «Algunas claves...», p. 46.

consecuencia de nuestra falta de creatividad y entusiasmo en las propuestas, y la ausencia de metas definidas de los procesos de pastoral, nos conformamos con jóvenes creyentes sociológicos que se sienten cristianos por tradición familiar, o por frecuentar más o menos los sacramentos, pero que no llegan a asumir libre, madura y personalmente el estilo de vida gozoso de Jesús, ni a traducir en opciones personales fundamentales su fe.

Procesos de pastoral juvenil sin metas ni propuestas

Las carencias de los procesos pastorales juveniles son aún más preocupantes cuando miramos a la etapa final o desembocadura. En la mayoría de los proyectos de pastoral que, tras la confirmación, plantean la continuación del acompañamiento del catecúmeno, podemos encontrar un deficiente tratamiento del momento final en el que, por un lado, el joven debe concretar su vida adulta en opciones alumbradas por la fe, y, por otro, debe definir su integración concreta en la vida de la Iglesia. De esta manera, el proceso pastoral pierde su sentido, pues deja de ser un camino de conversión y de introducción en la Iglesia. Como acertadamente ilustran algunos acompañantes de estos procesos⁶, la tipología de las desembocaduras más frecuentes es la siguiente:

- a) «En primer lugar encontramos el caso en que *el punto de llegada es meramente personal*. El grupo constituye para el joven una experiencia interesante y limitada en el tiempo. Cuando culmina el proceso sus miembros orientan su futuro cada uno por su cuenta o bien abandonan el grupo porque otros intereses pasan a ser importantes.
- b) Es frecuente encontrar también grupos de jóvenes que *carecen de punto de llegada*, se renuevan continuamente y emplean sus fuerzas en alimentarse a sí mismos, ofreciendo como única salida la animación de los de menor edad. A otro nivel, los jóvenes pueden prestar su servicio en las distintas actividades parroquiales.

⁶ Plataforma de comunidades ENCOMUN, *La desembocadura en la Pastoral de Juventud*.

- c) En algunos grupos, se ofrece *un solo modelo de desembocadura*: una comunidad adulta, un movimiento especializado, una congregación religiosa, el ministerio ordenado..., dejando en un cierto abandono a quienes no se sienten llamados a él.
- d) En numerosas ocasiones, los grupos se desinflan o desaparecen por el abandono progresivo de sus miembros ante las tensiones generadas entre quienes desean avanzar y quienes se sienten cada vez menos implicados. Se produce así cierto desgaste psicológico que les desanima a la hora de incorporarse a otros grupos.
- e) Algunos grupos que han tenido una experiencia catecumenal positiva, pasan poco a poco a convertirse en pequeñas comunidades cristianas, adquieren una mayor estabilidad y comienzan, de este modo, su existencia cristiana adulta.
- f) Excepcionalmente, algunos grupos de jóvenes inician una etapa de discernimiento para ayudar a descubrir la vocación específica de sus miembros. Cuando éstos se van clarificando, el grupo puede proyectar su futuro y las personas que no lo comparten pueden ser acompañadas hacia otras alternativas que respondan mejor a sus planteamientos». ⁷

Como podemos observar, la mayoría de estas desembocaduras se caracterizan por no haber provocado un encuentro real, personal y afectivo, del joven con Cristo, como Señor de sus vidas, como amor incondicional presente en lo cotidiano a través del Espíritu Santo. Sin esta experiencia, la desembocadura como culminación del proceso pastoral no es posible. Ante esta realidad es necesario y urgente ofrecer a los jóvenes, desde la Iglesia, un itinerario de profundización de la fe que, por la vivencia madura de la experiencia cristiana, les lleve a vivir corresponsablemente dentro de la comunidad eclesial y al servicio del Reino.

⁷ *La desembocadura...*, p. 6.

III. LA PROPUESTA: CREYENTES MILITANTES EN PEQUEÑAS COMUNIDADES

La meta de la pastoral de jóvenes es la desembocadura vocacional y comunitaria en la Iglesia. «Es evidente que el objetivo fundamental del itinerario de la evangelización y educación en la fe de los jóvenes es que el joven descubra en Cristo la plenitud de sentido y el sentido de la totalidad de su vida, y busque la más plena identificación con Él, con todas sus implicaciones, santidad de vida, la vida según el Espíritu, la configuración con Cristo. Por ello toda pastoral con jóvenes debe proponer y animar el encuentro con Cristo vivo que es, al mismo tiempo, el origen y el camino de este proceso. Debe impulsar y además facilitar la participación en la vida de la comunidad, y promover y acompañar su compromiso en la acción evangelizadora de la Iglesia a favor del hombre y de la sociedad»⁸. Se trata de una pastoral globalizante, que abarca toda la persona, que entiende que «la unificación de la vida del cristiano es producto de la opción por la persona y el mensaje de Jesús. Por lo tanto, la pastoral ha de posibilitar que el joven realice su vida desde la fe y descubra en ella el núcleo central de máximo valor a partir del cual pueda plantearse y vivir toda su existencia, e integrarse plenamente en la comunidad cristiana según su propia vocación y ministerio»⁹. Esta experiencia fundamental de encuentro con Cristo es vocacional, es decir, se sitúa en la base de la vida y configura el proyecto vital del creyente. Es el cimiento sobre el que se construye la casa; es el fundamento que sustenta las opciones; es la seguridad que disipa miedos; y es la experiencia que determina el futuro y las elecciones. Ser creyente es vivir esta experiencia de amor y perdón incondicionales que supone el encuentro con el Señor, y situarla como el núcleo que unifica toda mi personalidad y todos mis proyectos. En este sentido, nada compite con este absoluto, nada hay más prioritario ni nada es más importante, y no existe fe adulta que no responda con

⁸ OPJ 30.

⁹ Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo. Proyecto marco de pastoral de Juventud*, Ed. EDICE, Madrid, 1992, p. 28.

disponibilidad a esta experiencia. «La fe adulta tiene mucho que ver con la apertura a la voluntad de Dios para con cada uno de sus hijos; la disponibilidad vocacional depende de la medida en que el amor de Dios revelado en Jesucristo y las necesidades de los hermanos hayan tocado nuestro corazón. Dejar a Dios ser Dios y permitir que los pobres sean liberados implica hacer de la vida una respuesta en entrega gratuita y total. Sólo desde esta disponibilidad se puede escuchar en lo más hondo del corazón la vocación concreta a la que Dios nos llama a cada uno».¹⁰ «El ser laico, religioso o presbítero es la necesaria concreción de la vocación bautismal que se plenifica en la confirmación y sacramentaliza todas sus dimensiones en la mesa eucarística»¹¹.

Consecuentemente, las implicaciones del ser creyente (oración, vivencia de los sacramentos, compromiso en la Iglesia y en el mundo, etc.) no son para unos tiempos determinados o para unos ámbitos de la vida específicos, sino que abarcan la totalidad del tiempo, del interés y de las facetas de la vida. Es esto lo que significa el adjetivo militante que añadimos al sustantivo creyente. Estrictamente hablando, no sería necesario añadirlo, pero la realidad derivada del relativismo que hemos descrito, en la que cada uno se «construye su ser creyente a la carta», o la corriente dominante que realza los voluntariados, en los que cada uno da el tiempo que puede y sólo afecta a ciertas parcelas de la vida, hacen necesario que subrayemos este aspecto. El Evangelio nos muestra a un Jesús que propone superar la exigencia de realización del mínimo legal obligatorio (Lc 13, 10-17), incluso la superación de realizar máximos éticos (el bien desinteresado) de manera optativa (porque quiero) (parábola del joven rico, Lc 18, 18-23). Jesús propone la realización del máximo, de lo más de lo que se pueda, del amar incluso al enemigo y dando la vida, de manera obligatoria, pero no por una obligación exterior, sino por un imperativo interior derivado de la experiencia fundamental a la que ya hemos hecho referencia: el amor hasta el límite e incondicional que

¹⁰ Sastre, J., «Algunas claves...», p. 70.

¹¹ Sastre, J., «Algunas claves...», p. 65.

nos tiene (Lc 6, 32-38). Esta propuesta elimina las cuotas e introduce al creyente en una vida militante; suprime los compromisos para invitar a comprometer la vida.

A esto hay que añadir que la propuesta no es ser creyente militante de manera aislada, sino que la militancia tiene un objetivo, construir el Reino de fraternidad entre todos los hijos de Dios, y el camino para conseguirlo lleva en sí la semilla de la meta: no se puede pretender un Reino de fraternidad si no vivimos intentando ser parábola de ello, sin vivir en comunidad como hermanos. Cristo hizo el camino con sus discípulos en comunidad (Mc 1, 16-20), y la Iglesia se define a sí misma como comunidad de comunidades, de tal manera que el seguimiento de Cristo y la participación en la vida de la Iglesia son imposibles sin esta dimensión comunitaria. Y esto sin entrar en la antropología que fundamenta el hecho de que la realización de la persona no es posible sin la referencia a los otros, que la construcción sana de la personalidad no es posible en alguien que no haya sido amado incondicionalmente, que la persona no se encuentra sino dándose¹². De esta manera, las pequeñas comunidades aparecen como un elemento definidor y configurador de la misma Iglesia y, por lo tanto, de su pastoral. A esta razón teológica para proponer las pequeñas comunidades como lugar de pertenencia a la Iglesia católica de los creyentes militantes, se suman otras que citamos brevemente. En primer lugar, la descripción de la realidad social que hemos mencionado al principio, hace difícil que las opciones elegidas como consecuencia de la experiencia de encuentro con el Señor puedan mantenerse voluntariamente y sin el apoyo de un entorno favorable en el que se pueda contrastar la vida y renovar la experiencia mística fundamental. En segundo lugar, uno de los pocos medios que le pueden quedar a las parroquias de llevar a cabo la Nueva Evangelización, en un mundo dominado por los grandes medios de comunicación y por la introyección en las conciencias de modos de ser y de vivir contrarios al Evangelio, es la existencia de grupos de creyentes que

¹² Para profundizar en este tema, Díaz, C., *Soy amado, luego existo*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.

muestren que su experiencia de fraternidad y de entrega al servicio del Reino no se sustentan en sus propias fuerzas, sino que reflejan la presencia del Señor Jesús. Este testimonio significativo es hoy necesario en nuestras parroquias y en nuestros barrios, y es la mediación necesaria para poner en práctica la pedagogía del «Ven y verás» de Jesús.

Por todo ello sostenemos que la desembocadura del proceso de pastoral juvenil debe proponer al joven ser creyente militante, desde la experiencia de encuentro con Cristo, definiendo las opciones de vida desde la experiencia del discernimiento vocacional, e integrándose en la Iglesia a través de pequeñas comunidades locales significativas en la Iglesia y en el entorno social. Definido el «qué», el reto está entonces en el «cómo», cuál es el itinerario que permite llegar a esta tierra prometida.

IV. METODOLOGÍA: UN PROCESO CATECUMENAL POR ETAPAS

El proceso de pastoral juvenil que proponemos es un itinerario de inspiración catecumenal, es decir, que el camino es una iniciación cristiana integral, que tiene su origen, lugar y meta en la pequeña comunidad cristiana. Este proceso sólo se entiende con relación a lo que la Iglesia es y desde unas opciones básicas:

- *Los jóvenes son protagonistas de su propio proceso:* la Iglesia tiene que estar presente en los ambientes juveniles, a través especialmente de los jóvenes cristianos, porque «es una exigencia que brota del ministerio de la encarnación del Hijo de Dios»¹³. «Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado entre sus propios compañeros, habida cuenta del medio social en que viven»¹⁴. De esta manera, los jóvenes son los principales protagonistas en

¹³ *Jóvenes en la Iglesia...*, p. 45. Cf. EN 18.

¹⁴ AA. 14.

la convocatoria y en la misión de la evangelización de otros jóvenes: «La Iglesia, animada por el Espíritu, es comunidad misionera. Los jóvenes cristianos, corresponsables con toda la Iglesia de su misión evangelizadora, han de participar activamente en la comunión eclesial; han de expresar, celebrar y alimentar su fe en la comunidad, y han de reconocer y asumir sus responsabilidades en el seno de ésta. Por su parte, la comunidad ha de reconocer y promover la presencia y participación de los jóvenes en la vida de la misma. Los jóvenes no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud de la Iglesia, son de hecho —y deben ser incitados a serlo— sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social»¹⁵. Esto no sólo supone un papel protagonista para los jóvenes sino una importante responsabilidad, pues sólo quien vive la experiencia de conversión a Cristo puede testimoniarlo e invitar a otros a su vivencia. Esto exige que los jóvenes que son catequistas del proceso pastoral estén viviendo, en etapas más adelantadas, ese mismo proceso y que tengan una experiencia creyente madura y comprometida. La referencia de catequistas que tienen una vivencia de la fe que no contempla algunas de las claves expuestas aquí como fundamentales, contribuyen a la confusión de los jóvenes catecúmenos.

- *La Iglesia, referencia comunitaria.* Jesús nos invita a seguirle y ésta es una llamada personal, insustituible e intransferible. Pero con su llamada nos convoca a formar parte de la gran familia que es el Pueblo de Dios, nos llama a construir esa nueva humanidad de hermanos, y nos invita a crear una nueva comunidad en donde Dios reine entre nosotros. Pertenecer a esa comunidad, la Iglesia, supone no sólo una adhesión afectiva, sino activa. Movida por el Espíritu Santo, la comunidad eclesial acepta a Jesús como Señor (celebración de la fe) y al Evangelio como estilo de vida (conducta moral), y su misión es dar testimonio de ello y proclamarlo al mundo hasta la parusía (compromiso apostólico). Desde la comunidad eclesial, los cristianos somos enviados al mundo para dar

¹⁵ *Jóvenes en la Iglesia...*, p. 49. Cf. AA 12, EN 72, CC 248.

testimonio del mensaje de Jesús, y desde el mundo volvemos a la comunidad para buscar el pan y el agua viva que nos permiten seguir dando fruto, partiéndonos y repartiéndonos al servicio del Reino.

- *Opción preferencial por los pobres.* «La adhesión a Cristo y la comunión eclesial llevan al servicio del hombre y al compromiso por el bien común de la sociedad. “Cristo revela el hombre al hombre”, la plenitud de su dignidad, la de ser hijo de Dios. Por su parte la Iglesia, cuerpo de Cristo, es fermento del Reino, de la nueva Humanidad. Por Cristo, cada hombre y todo hombre, especialmente los pobres y los que sufren, se convierten en camino para la Iglesia, que prolonga la encarnación de Cristo entre los pobres y su compromiso liberador». ¹⁶ Por lo tanto la opción preferencial por los pobres es un elemento esencial del proyecto pastoral, sin el cual cabe el riesgo de caer en espiritualismos que falseen el proceso catecumenal: «La opción por los pobres es una verdad teológica, porque hunde sus raíces en el misterio de Dios, partidario de los pobres, y en el misterio de Jesús el Cristo, cuya vida está al servicio de los pobres. Y por ser verdad teológica es también actitud moral y espiritual. Más aún: criterio normativo para todos los creyentes y condición necesaria para vivir un cristianismo evangélico». ¹⁷ Consecuentemente, si el horizonte del Reino de Dios es la fraternidad universal y la liberación de todo aquello que aliena y oprime al hombre para devolverle a la vida, el compromiso cristiano pasa por incluir al menos estas tres dimensiones:
- *Hacer nuestra la causa de los pobres, e insertarse y participar activamente en su lucha liberadora.* El camino que se nos abre, para no caer en una divergencia de conductas esquizofrénica, es compartir la vida con los pobres, sus sufrimientos, necesidades, esperanzas, luchas, su solidaridad y entrega.

¹⁶ OPJ 21 en *Jóvenes en la Iglesia...*, p. 50. Cf. GS 22, RH 14, ChL 36.

¹⁷ Tamayo-Acosta, J. J., *Hacia la comunidad I*, Ed. Trotta, 1993, p. 19.

- Analizar e identificar las causas que generan la pobreza, denunciarlas, buscar mecanismos alternativos que liberen al hombre, desde el amor y la justicia.
- Comprometerse activamente por transformar la realidad, pues la verdad teológica de la opción por los pobres tiene que desembocar en una acción humanitaria liberadora. El cristianismo no es sólo una teoría, sino una praxis y los cristianos tenemos que vivir unificándolo. La opción por los pobres se constituye de una verdad teológica, una actitud moral, una denuncia profética y un compromiso por la liberación.¹⁸
- Un proceso vocacional que integre la fe y la vida. El Concilio Vaticano II, en el Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos, dice que entre todas las formas organizadas de apostolado hay que dar prioridad a las que favorezcan la unión entre la vida y la fe. Desde aquí entendemos que «el compromiso cristiano tiene dos características fundamentales: se vive desde la *identidad cristiana*, que es la participación en el ser y vivir de Cristo; y es *vocacional* ya que afecta a todas las facetas de la persona y de la existencia»¹⁹. Por lo tanto, como hemos mencionado a la hora de hablar del ser creyente militante, no se puede presentar como una actividad que se hace o se deja de hacer según la situación personal. El compromiso cristiano coge a toda la persona, se transforma en un estilo de vida vocacionado, se concreta en una vida de oración, de celebración y de encuentro cotidiano con Dios Padre, se desarrolla en la vivencia de la fraternidad, y vive la opción por los pobres de una forma comprometida.

Para que los jóvenes alcancen, desde su situación concreta, la plena madurez cristiana, es necesario establecer un proceso a través del cual la comunidad cristiana los guíe y acompañe. Un proceso que requiere tiempo, pues

¹⁸ Cf. Tamayo-Acosta, J. J., *Hacia la comunidad I*, pp. 28-30.

¹⁹ Sastre, J., *Algunas claves...*, p. 65.

es el joven quien descubre su propia vida, y es ahí donde puede encontrarse con Cristo por la fe. Este itinerario que, aproximadamente, acoge a jóvenes de entre 14 a 25 años, está constituido por las etapas siguientes: etapa de convocatoria (14-15 años), etapa de propuesta (16-17 años), etapa de iniciación (18-20 años), etapa de profundización (21-23 años), etapa de desembocadura. (24-...). Las dos primeras etapas de la pastoral juvenil vocacional corresponden a la preparación del sacramento de la Confirmación, como una auténtica iniciación cristiana. Y las tres últimas se corresponden con el proceso de profundización de la fe que consideramos necesario para que los jóvenes, tras el discernimiento vocacional, alcancen la meta de ser creyentes insertos en pequeñas comunidades. En lo que sigue nos centraremos en las tres etapas posteriores a la confirmación.

«La pastoral de adolescentes y jóvenes es un largo proceso que tiene sus etapas, que debemos vivir con desprendimiento, paciencia y sentido pedagógico. En esta pedagogía no interesan tanto las actividades sueltas sino una acción seria, continuada y planificada, según las etapas de crecimiento. (...) Este proceso ha de ser dinámico y creativo, y debe tener en cuenta la psicología de la edad, así como los valores culturales a los que son sensibles»^{20, 21}. Conlleva una iniciación integral a la vida cristiana, realizada en el ámbito del grupo. Para ello, en cada etapa, y desde el inicio del proceso, se plantean unos objetivos generales y por ámbitos (oración-celebración, formación, compromiso, relación entre las personas del grupo) encaminados a la integración de la fe en la vida del joven de forma personal y comunitaria. Incluye también elementos que dinamizan el desarrollo de la etapa y los integran en el proceso de pastoral juvenil y en la comunidad parroquial (convivencias de todos y cada uno de los grupos que integran la etapa, celebraciones de acogida, de paso a la siguiente etapa, celebración de la eucaristía dominical con toda la comunidad de jóvenes, etc.).

²⁰ Dominicas de la congregación romana, Provincia de España, *Proyecto de pastoral de adolescentes y jóvenes*, 1993, p. 11.

²¹ *Proyecto de pastoral...*, p. 11.

Etapa de iniciación

Los jóvenes, que, tras las etapas anteriores inician ésta, se sienten atraídos por Jesús y su mensaje, y tratan de plantearse su vida desde Él. En esta etapa el grupo ya tiene entidad como tal. Sus miembros están inquietos por el contraste que experimentan entre su vida real y el mensaje de Jesús, y por interiorizar la experiencia cristiana e incorporarla a sus vidas. Se inicia el proceso de integración fe-vida.

El objetivo de esta etapa es que el joven descubra a Dios presente en su vida y en la historia; que se abra a la interpelación que Jesús hace en su propia vida, provocando la adhesión a su persona, a su mensaje y a su proyecto: el Reino de Dios. Para ello es importante fomentar una actitud de encuentro: estar atento, abierto, inquieto y en búsqueda. Buscamos pasar de una intuición (que Jesús puede ser importante en su vida) a un encuentro personal con Cristo (conversión básica), es decir, sentir que Dios y su amor incondicional se colocan en el centro de la vida, que son el motor de lo cotidiano, y descubrir que el Señor está vivo y está aquí. Para ello es necesario que el joven lea su vida y su historia como encuentro con Cristo y como relación personal con Él. Pero para que este encuentro se produzca es necesario, como hemos dicho, mantener el interrogante y el deseo de búsqueda, que el joven sienta que su vida necesita una respuesta de calidad y en totalidad.

En la oración y en la celebración, el joven profundiza su relación personal con Jesús y asume un espacio de oración diaria. Busca momentos de oración comunitaria para ir creciendo en el compartir, para sentir que no está solo, que pertenece a una comunidad. Ahonda en la comprensión de los sacramentos, celebra la Eucaristía, no como rutina, sino como presencia de Jesús vivo, y profundiza en el sentido de la Reconciliación.

Vive como el lugar donde se cultiva la actitud de búsqueda y encuentro, y donde se facilita el encuentro personal con Cristo. Las relaciones entre los miembros del grupo es de «convertidos», basadas en que Cristo mantiene la unidad por encima de conflictos, simpatías o altibajos en la relación.

El animador invita a que compartan y pongan su vida delante de los demás, y a que acepten que el resto pueda entrar en ella. Se fomentan las relaciones con otros grupos de la comunidad parroquial, atendiendo a la necesidad de ser interpelados por quienes caminan delante de ellos en el proceso, y a que sean referencia para los grupos que vienen por detrás.

Respecto al compromiso, el joven va descubriendo los signos de Dios en el mundo y se deja interpelar por ellos, así como por las necesidades de la propia comunidad. Se inicia en la acción solidaria responsable mediante compromisos estables. Asume el conflicto como parte de la experiencia cristiana por la diferencia de valores entre los que hay que optar en el contexto de pluralismo divergente en que vivimos.

El animador debe fomentar el acompañamiento personal desde la confrontación con los valores que cada joven descubre y los contravalores que tiene que superar. Y les anima a que elaboren su proyecto personal y a que lo compartan con los miembros del grupo.

Etapa de profundización

En esta etapa los miembros del grupo van recorriendo el camino de la conversión, viven una actitud inicial de disponibilidad, y tratan de conformar su vida con el estilo de encarnación de Jesús.

El objetivo fundamental de esta etapa es reconocer a Jesús como la persona capaz de dar sentido y unificar la vida, asumiendo que esta conversión supone introducirse en la dinámica del Reino, que es don y es tarea. La meta, por tanto, incluye asumir el protagonismo en la construcción del Reino, como tarea inacabada, y descubrir la comunidad cristiana como ámbito en el cual caminar y madurar las opciones.

Para ello la catequesis irá dirigida a profundizar en el Reino de Dios: el Amor del Padre como don incondicional, como fuerza transformadora

y como pilar fundamental del Reino; la relación con Dios (oración) como fuente del Reino; las bienaventuranzas como programa de vida del Reino; el análisis crítico creyente de la realidad; la búsqueda de la voluntad de Dios desde la confianza y la disponibilidad; el Reino como creación del Espíritu, y la comunidad como elemento constitutivo de la nueva humanidad.

La oración y la celebración se centran en la contemplación de signos del Reino de Dios, en su cumplimiento en Jesús, en la búsqueda de lo que Dios quiere para nosotros, y en pedir la fuerza del Espíritu para llevarlo a la práctica. Se anima y revisa la oración diaria de los miembros del grupo, y se fomentan momentos de oración comunes y con las comunidades de jóvenes y parroquial. Se celebran con frecuencia los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía. Ésta procurará vivirse también algún día entre semana.

Los jóvenes comienzan a entender el compromiso como forma de ir integrando en la vida lo que van descubriendo, y de incorporar en lo cotidiano las claves del Reino. Es decir, comienzan a comprometer globalmente su vida; ya no es sólo el tiempo, sino toda su persona. En el compromiso descubren el Reino como tarea del hombre, además de don. Reconocen las urgencias históricas del Reino, proponen acciones que permitan ir viviendo la acción del Reino de manera globalizante, practican cotidianamente la lectura crítico-creyente de la realidad, y orientan el futuro como respuesta a lo que van descubriendo como voluntad de Dios en lo concreto.

En el grupo se realiza el proyecto personal, incorporando la vivencia de los valores del Reino de Dios; se inician en la revisión de vida; se comienza a vivir la fraternidad haciendo cotidianas actitudes como la aceptación del otro desde lo que es, asumiendo sus limitaciones y reconociendo al hermano como don; se aprende a perdonar y a escuchar sin juzgar, intentando no dar soluciones a todo; se comparte desde lo profundo de cada uno, desde el corazón, y se comienza a vivir desde la gratuidad. Se plantean compromisos comunes desde el servicio a la comunidad y al mundo. Y cada joven vive

una relación de acompañamiento espiritual estable, en la que contrasta su proyecto personal, y se le ayuda a clarificar las opciones que se siente llamado a discernir; el acompañamiento se refiere a las etapas del seguimiento de Jesús y a la relación afectiva (de comunión) del joven con la persona de Jesús y su Evangelio.

La finalización de esta etapa nos introduce en la de desembocadura, a la cual, por la importancia que tiene y la problemática específica que conlleva, vamos a dedicarle un tratamiento en profundidad en la siguiente sección.

V. LA ETAPA DE DESEMBOCADURA O DE INSERCIÓN EN PEQUEÑAS COMUNIDADES

Ésta es la etapa final del proceso pastoral juvenil. Una vez finalizada, el catecúmeno entra a formar parte de la vida de la Iglesia de una manera adulta. Por lo tanto, el objetivo de esta etapa y el del proceso pastoral en su conjunto que expusimos en el apartado 3 son idénticos: acompañar al joven seducido por la experiencia de encuentro con Cristo para que, tras un discernimiento vocacional, explicita las opciones de vida en las que se traduce su militancia creyente en clave comunitaria. Esta etapa propondrá al joven, en el caso de que su llamada vocacional le lleve a la opción de laico comprometido en la realidad local social y parroquial, que se integre en una pequeña comunidad compuesta por el resto de los jóvenes que han culminado con él el proceso, integrándose de forma plena en la vida parroquial y en el entramado social del barrio. Pequeñas comunidades formadas por jóvenes creyentes maduros que quieren ser discípulos de Jesús y seguirle con otros discípulos en el camino. Pequeñas comunidades congregadas por la Palabra en una actitud de constante y atenta escucha a la Palabra de Dios y a los signos de los tiempos. Pequeñas comunidades insertas en la Iglesia, especialmente la local, y en comunión con otras comunidades y con la Iglesia Universal. Pequeñas comunidades donde se aprende a vivir en fraternidad, como anticipo del Reino que ha de llegar para todos los hombres. Pequeñas

comunidades donde se comparte y se celebran la fe y la vida en un clima siempre festivo. Pequeñas comunidades encarnadas entre y con los pobres, presentes en la sociedad con un compromiso sociopolítico transformador, y en la Iglesia local compartiendo su misión apostólica. Pequeñas comunidades que facilitan vivir la vocación del discípulo de estar en el mundo sin ser del mundo (Jn 17, 13-18).

J. Sastre expresa el objetivo de esta etapa con otras palabras: «La pastoral con jóvenes termina en algún momento porque éstos se incorporan plenamente a la vida adulta. La nueva situación lleva a una reformulación del seguimiento de Jesús, de la participación eclesial y del compromiso evangelizador desde las coordenadas de lo estable y lo definitivo. (...) Es el momento de concretar el seguimiento de Jesús: cómo, dónde, con quiénes, para qué. Las respuestas a estos interrogantes son personales, pero también del pequeño grupo dentro de la comunidad local y al servicio del Reino. (...) Si el grupo persevera [en el proceso de pastoral], se suelen dar dos finales válidos: la *formación de una comunidad laical*, o bien la inserción de los miembros del grupo en otras comunidades para seguir sus vocaciones específicas. En el caminar hacia la comunidad de uno u otro tipo: laical, religiosa, presbiteral, misionera, contemplativa, etc., tenemos mucho más claro lo que queremos que el camino para conseguirlo. La meta es ser una comunidad que viva vocacionalmente la fe, y que actúe como mediación de discernimiento vocacional para con sus miembros; en consecuencia, la pedagogía utilizada será la de la oración personal, la revisión de vida y el discernimiento comunitario. La relación frecuente con otras comunidades y grupos que estén en las mismas búsquedas puede ayudar a la formación y al encuentro de pistas sugerentes».²² Este texto nos introduce de lleno en las claves de la etapa de desembocadura.

²² Sastre, J., *Algunas claves...*, pp. 70-72.

Las claves de la etapa de desembocadura²³

Las claves que orientan el acompañamiento de los jóvenes durante esta etapa son:

- *El descubrimiento de la propia vocación.* En el sentido de experimentar la experiencia de encuentro con Cristo como un amor incondicional que fundamenta la vida y da sentido a la existencia. Esta etapa acompaña al joven para que, a su fin, ante la pregunta de «¿qué experiencia tengo de Dios?», pueda responder, desde lo más íntimo de su ser, que es el Señor de su vida, el Amor que da seguridad, el origen, fundamento y horizonte, la única roca sobre la que merece la pena sostener las opciones. Sin este descubrimiento, las opciones de la desembocadura serán voluntaristas y, tarde o temprano, se convertirán en una carga imposible de llevar.
- *La definición de las opciones fundamentales desde el Evangelio.* En esta etapa los jóvenes sienten la necesidad de responder a la llamada que Dios les hace para elaborar su proyecto de vida, y se encuentran en disposición de encontrar su lugar en la comunidad cristiana desde un servicio concreto en la construcción del Reino. El objetivo de esta etapa será, por tanto, acompañarles desde la vocación común a todos los creyentes que hemos mencionado en el punto anterior, hasta las vocaciones concretas en las que ésta se traduce en cada persona, es decir, ayudar a que los jóvenes descubran dónde y cómo son llamados a vivir como cristianos adultos, desde una actitud de escucha y disponibilidad a la voluntad de Dios. Esto pasa por definir el estado de vida (laico, presbítero, religioso, misionero), el estilo de vida (por ejemplo, en el caso de los matrimonios, a través del proyecto de pareja que define el estilo y las opciones concretas que van a vivir juntos: uso del dinero y del tiempo, el compartir los bienes, la apertura de la casa a los pobres, la austeridad, etc.), la

²³ Estas claves las tomamos del trabajo de ENCOMUN, *La desembocadura en la pastoral de juventud*, pp. 15-24.

elección de la profesión, el servicio o ministerio que se va a desempeñar en la Iglesia, la tarea en la construcción del Reino a la que se va a servir, la comunidad a la que voy a pertenecer, etc.

- *El discernimiento de la voluntad del Padre.* El método para definir esas opciones es el discernimiento de la voluntad de Dios. El proceso, en esta etapa, deberá formar al catecúmeno en la aplicación de este método, presente en la historia de la Iglesia, y que acompañará al joven para el resto de su vida, pues más allá que una simple metodología, es un estilo de mirar e interpretar la realidad. El encuentro de discernimiento vocacional que abre esta etapa, y del que hablaremos más tarde, no es más que la propuesta de discernimiento que el proceso propone al joven para que pueda definir cuáles son las opciones concretas en las que se traduce su ser creyente.
- *Necesidad de un buen acompañamiento espiritual.* El discernimiento vocacional y la desembocadura a una vida creyente militante y en comunidad, no son posibles sin referencias cercanas y adultas en la fe que acompañen este proceso. «Por acompañamiento entendemos la relación interpersonal intensa donde se intenta buscar el paso de Dios por la historia de la persona. El ideal de toda persona es la madurez, es decir, llegar a ser “padre” de sí mismo; para ello se busca la presencia y ayuda del hermano mayor que ayude a recorrer el camino».²⁴ Como se puede entender, el acompañante es, así, una necesidad y una urgencia en la Iglesia, más si cabe en el momento cultural de relativismo y ausencia de propuestas convergentes en el que vivimos: «El acompañante espiritual es el formador que, desde la confesión y experiencia de su fe, se pone al servicio del hermano, en presencia de Cristo y a la escucha del Espíritu, para colaborar a discernir con él lo que es mejor para el crecimiento del mismo hasta la adultez en Cristo por la respuesta adecuada a las exigencias de la vocación a la santidad en conformidad con los dones que haya

²⁴ Sastre, J., *El acompañamiento espiritual*, Ed. San Pablo, Madrid 1993, p. 65.

recibido el acompañado. Lo propio de la tarea del acompañante espiritual está en la vivencia de la fe, su ministerio es de mediación y se orienta a que el acompañado discierna y asuma el proyecto de vida propio. El acompañante espiritual debe manifestar gran confianza en las posibilidades de la persona a la que acompaña; si utiliza modos directivos proyectará a los otros lo que a él le ha venido bien y creará dependencia y pasividad. Las pedagogías directivas parece que dan resultados a corto plazo, pero a largo plazo se revelan ineficaces y contraproducentes».²⁵

- *El paso de grupo a comunidad.* Las claves que hemos destacado a nivel de la persona del catecúmeno, son igualmente válidas a nivel de grupo. Así, esta etapa deberá acompañar al grupo hasta la meta de la pequeña comunidad mediante un discernimiento comunitario en el que se definan las opciones de estilo de vida, dinámicas comunitarias (respecto de la oración, celebración, compartir bienes, retiros, etc.), misión comunitaria, pertenencia eclesial, etc. Igual que decíamos anteriormente, este paso requiere del acompañamiento cercano de un creyente experimentado en la fe que contraste y apoye el proceso.

El contenido de la etapa de desembocadura

Es arriesgado proponer contenidos en una etapa en la que lo que cobra especial importancia es la sabiduría, la experiencia y el sentido común del acompañante para aportar lo que la persona o el grupo que acompaña necesita, con flexibilidad pero con fidelidad a los objetivos que persigue el proceso pastoral juvenil. Por ello, simplemente expondremos los pasos y los contenidos que, en la experiencia de algunas pequeñas comunidades juveniles, han sido relevantes, por si pudieran servir de referencia a otras.

Esta etapa se inicia con un retiro de *discernimiento vocacional* en el que se propone clarificar al máximo lo espiritual cristiano, es decir, aquellos

²⁵ Sastre, J., *El acompañamiento espiritual*, p. 60.

niveles de la interioridad humana que están siendo transformados por el Espíritu Santo, de tal modo que le permiten a la persona conocer, sentir y querer como hijo de Dios. «El Espíritu lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios. Pues ¿quién conoce lo íntimo del hombre, a no ser el mismo espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, sólo el Espíritu de Dios conoce las cosas de Dios. En cuanto a nosotros, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente. Y de esto es de lo que hablamos, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, adaptando lo que es espiritual a quienes poseen el Espíritu de Dios. El hombre natural no capta las cosas del Espíritu de Dios: carecen de sentido para él, y no puede entenderlas, porque sólo a la luz del Espíritu pueden ser discernidas. Por el contrario, quien posee el Espíritu lo discierne todo y no depende del juicio de nadie. Porque ¿quién conoce el pensamiento del Señor para poder darle lecciones? Nosotros, sin embargo, poseemos el modo de pensar de Cristo» (1 Cor 2, 10-16). La voluntad de Dios es un amor, de Dios en Cristo, que atrae al hombre hacia una determinada figura de hombre, de Iglesia y de sociedad. Es decir, Jesús desde la cruz, nos atrae hacia sí mismo, nos configura con Él. Nos configura no sólo como personas, sino como pareja, como comunidad, como Iglesia, como humanidad. Con el retiro de discernimiento vocacional, el joven, desde una actitud de escucha y disponibilidad a la voluntad de Dios, va descubriendo que Dios invita al seguimiento desde opciones concretas y va desarrollando, junto a su grupo y el acompañamiento espiritual, las actitudes necesarias para abrirse a esa llamada, discernirla y acogerla. «El momento vocacional no está exento de dificultades y autoengaños que se clarifican en el grupo y, sobre todo, con el acompañamiento espiritual que ayuda a personalizar la fe».²⁶

El grupo se convierte en el ámbito privilegiado desde el que se buscan las opciones de vida, se confronta la coherencia entre vida y Evangelio, se relea la historia de cada uno en clave de Fe y Reino, y se plantean los criterios

²⁶ Sastre, J., *Algunas claves...*, p. 70.

cristianos respecto al trabajo, los bienes, el estilo de vida, las relaciones interpersonales, etc.; es decir, se comienza a vivir de manera adulta la fe. La experiencia dice que tratar en profundidad temas como la afectividad (pareja, familia, sexualidad), el empleo de los bienes y la austeridad, el trabajo y la profesión, el compromiso sociopolítico, el discernimiento creyente, la comunidad, la corrección fraterna, etc., sirven para clarificar actitudes y posicionamientos que allanarán posteriormente la vida militante comunitaria.

En este momento resulta clave cultivar la llamada de cada uno desde la oración personal diaria, la oración comunitaria, los sacramentos y la meditación de la Palabra vivida, compartida y celebrada comunitariamente. Es imprescindible vivir en clave de discernimiento personal para ir descubriendo cómo se concreta la llamada de Dios en la vida, abiertos a las distintas opciones comunitarias que el Evangelio y la Iglesia proponen (religiosa, presbiterial, laical, contemplativa, etc.) para servir más y mejor al Reino de Dios, desde la vocación personal que cada uno recibe de Dios.

El contraste con otras comunidades que permita compartir los retos y los elementos dinamizadores, las dudas y las piedras de toque que abordar, los problemas y las maneras de abordarlos, es indispensable en una etapa en la que las recetas no tienen cabida. Por eso, subrayamos una vez más la importancia del acompañamiento espiritual, en lo personal y grupal, en lo comunitario, de una persona experimentada en la fe para hacer frente a la soledad y autosuficiencia en las que se puede caer en esta etapa.

VI. LAS PEQUEÑAS COMUNIDADES: ACOMPAÑANTE REFERENCIAL DEL PROCESO PASTORAL DE LA IGLESIA

«El paso del grupo a pequeña comunidad es la culminación del proceso de pastoral vocacional. Tras un largo recorrido en el que cada miembro ha ido

madurando su opción de vida desde unas claves evangélicas, llega el momento de la decisión final: optar por seguir a Jesús en comunidad, compartiendo la vida, la fe, los bienes, compromisos, etc. Este paso ha de ser fruto de una seria y honda reflexión para que la decisión personal sea dada libre y responsablemente desde la propia vivencia de fe. Sólo desde una experiencia de encuentro sólida con el Señor Jesús se puede ser creador de fraternidad, signo visible de la presencia del Reino entre los hombres. El paso a comunidad se dará cuando todo el grupo, o la mayoría de sus miembros, consideren que están preparados y dispuestos a ello. En ese momento el grupo iniciará la elaboración del proyecto comunitario y plasmará sus concreciones específicas, objetivos y medios, dentro del marco del proyecto comunitario». ²⁷ El paso a comunidad ha de celebrarse públicamente con toda la comunidad parroquial, pues es un sacramento del encuentro y compromiso de la comunidad que da el paso y de la Iglesia que la acoge. La comunidad así constituida es un grupo de talla humana formado por jóvenes adultos, capaces de establecer unas relaciones interpersonales fraternas cada vez más profundas, compartiendo lo que son en confianza y sinceridad, con sus dones y sus limitaciones. Sus miembros son creyentes militantes, han asumido el proyecto de Jesús y desean compartir su vida a la luz del Evangelio y comprometerse juntos en la realización del Reino de Dios. Veamos todo esto con un poco más de detalle.

Actitudes evangélicas que favorecen la construcción de la pequeña comunidad

Los catecúmenos que forman el grupo y aspiran a dar el paso a comunidad necesitan antes afianzar esta serie de actitudes²⁸:

- La *disponibilidad* y la *gratuidad*: los miembros están dispuestos a asumir los servicios y responsabilidades que la comunidad desee confiarles,

²⁷ Proyecto de pastoral..., 1993, p. 39.

²⁸ Cf. Proyecto de pastoral..., 1993, pp. 39-40.

reconociendo que el bien común está por encima de los intereses personales. Requiere un descentramiento permanente y una gran libertad de corazón.

- *La corresponsabilidad activa* no sólo en las tareas asumidas, sino en el crecimiento de todos los miembros. Para ello es necesario interpelar y dejarse interpelar, reconociendo que la corrección fraterna vivida con amor y sinceridad es una ayuda inestimable y una exigencia evangélica (Mt 18, 15-17).
- *Confianza* en la comunidad para ir superando todo individualismo desde la libertad puesta al servicio del bien común. Confiar es dar lugar al futuro para que de forma paciente transforme y fecunde el presente.
- *Compartir*. Jesús nos invita a poner en común todo lo que somos, los dones y las aptitudes, pero también todo lo que tenemos, los bienes, los sueldos, el tiempo, etc.
- El *perdón*, como corazón de la pequeña comunidad, porque nos reconocemos limitados, pequeños y frágiles, en definitiva, pecadores, y siempre necesitados de la salvación de Dios y de la acogida misericordiosa de los hermanos.
- *El discernimiento personal vocacional*, por el que cada uno va descubriendo cuál es la voluntad de Dios en su vida. La pequeña comunidad es, desde esta actitud, el lugar donde se acompaña, se acoge y se impulsa la vocación de cada miembro. A nivel de grupo, el *discernimiento comunitario* es el medio para que las decisiones que se tomen en el seno de la comunidad lo sean a la luz del Evangelio y desde el asentimiento de corazones de sus miembros.
- *Sentido de misión*. Todos los miembros de la pequeña comunidad descubren que no están allí para ellos mismos ni para su propia realización, sino para acoger el don de Dios y servir a los hombres, especialmente a los más pobres. Por ello, el objeto normal de su reflexión será la misión de

la Iglesia a través de la pequeña comunidad: el análisis de la realidad en la que viven, la vida diaria y el compromiso de sus miembros para la extensión del Reino «aquí y ahora».

Elementos del proyecto comunitario

La existencia de las actitudes previas y el proceso de discernimiento vocacional y de definición del proyecto de vida desde el Evangelio de los miembros del grupo, pone a éstos en la disposición de dar el paso a comunidad. La preparación de este paso de inserción en la vida de la Iglesia como una comunidad integrada en la parroquia y en el barrio, se aborda con la realización del proyecto comunitario. De esta manera, cada núcleo comunitario juvenil tiene su propio proyecto en el que plasma su fundamento, sus motivaciones, sus objetivos y los medios para caminar juntos. En él, los miembros de la futura comunidad deberán recoger los siguientes aspectos:

- *La identidad del grupo*: historia y composición actual.
- *El fundamento* de la comunidad en el que expresen el principio de sus vidas, aquello por lo que existen, viven y luchan. Un credo que sea el principio integrador de sus existencias, la perla que han encontrado y desde la cual orientan todos los aspectos de sus vidas.
- *La oración*. El seguimiento de Jesús se revela ante todo como don gratuito. Él ha tomado la iniciativa, ha llamado a cada uno, les ha reunido en comunidad. Es en la oración donde se contempla este don de Dios. Desde esta actitud orante crece en todos el deseo de ser más hijos y mejores hermanos, y en la medida en que se abren y se dejan transformar por la presencia de Dios crece la llamada a la construcción del Reino. Para ello se ve la necesidad de reservar unos espacios para vivir el encuentro personal y comunitario con Jesús, de «entrar en amistad con Aquel que sabemos que nos ama», lo que supone poner medios concretos para ello fijando la frecuencia y los tiempos de oración.

- *La celebración* es constitutiva de la vida de la Iglesia, y es otra de las fuentes de donde mana la gracia que sostiene la vida. Celebración experimentada como oración encarnada en lo cotidiano, como momento palpable de la presencia de Dios y de la comunidad unida. La Eucaristía y la Reconciliación son pilares fundamentales de la vida comunitaria porque son su alimento permanente, y encuentran, por tanto, en el proyecto comunitario un lugar destacado y unos tiempos definidos. Además la comunidad sacramentaliza los acontecimientos de la vida que son importantes para sus miembros, porque son lugares cotidianos de encuentro y compromiso de la comunidad con Dios Padre y con los hermanos.
- *La vida común*. Formar comunidad conlleva un estilo de vida que se va adquiriendo progresivamente. Para ello es necesario concretar en cada momento las actitudes que tendrán que cultivarse para que la comunidad crezca en fraternidad, confianza y testimonio evangélico. Se establecerá el ritmo de reuniones comunitarias y de cualquier otro tipo de encuentro que ayude a vivir de forma cotidiana dichas actitudes. Los momentos de ocio comunes (salidas, vacaciones, etc.) y el encuentro con otras pequeñas comunidades son elementos que contribuyen a potenciar dichas actitudes y que, por tanto, también tendrán que tener su hueco en el proyecto. Se concretarán los servicios que los miembros de la comunidad van a asumir desde las actitudes de disponibilidad y gratuidad, así como su funcionamiento, tiempo de duración, etc. Los servicios tienen como misión dinamizar y enriquecer la comunidad, por ello es importante que existan en aquellos aspectos que la comunidad considera fundamentales para su crecimiento. Por ejemplo, el servicio de oración velará y animará con creatividad la oración personal de cada uno de los miembros y de la propia comunidad.
- *La misión compartida al servicio de los pobres*. La pequeña comunidad cristiana se entiende como un proyecto de Dios, no como un proyecto humano, y por lo tanto tiene que aparecer en el contexto sociopolítico como una alternativa, tanto a los valores como a los procedimientos de la sociedad. Además el Señor confía a la comunidad la misión de evangelizar,

de hacer presente el Reino entre los hombres. Desde esta llamada y teniendo en cuenta la vocación específica y los carismas de cada uno, la comunidad debe ir discerniendo su misión compartida tanto en el campo de la evangelización de la fe, exigiendo un mayor protagonismo y responsabilidad en la comunidad eclesial, como al servicio de los pobres, desde la militancia socio-política.

- *El compartir los bienes.* Fruto de la opción por los pobres y del estilo de vida en fraternidad, la pequeña comunidad busca la forma de poner los bienes en común. De esta manera se concretarán medios para compartir una mayor o menor parte de los sueldos, y se establecerá quiénes son los beneficiarios de esos bienes. Se comienza a vivir en un estilo de austeridad compartida, discerniendo qué pertenencias son realmente necesarias y cuáles son prescindibles o superfluas. El proyecto comunitario establece mecanismos dentro de la comunidad para revisar cómo se vive este aspecto en lo cotidiano.
- *Formación.* Es una necesidad para profundizar la identidad cristiana y el servicio al Reino, y para responder a los retos y a las injusticias que existen en el mundo. El camino de fe que comienza necesita alimentarse para madurar como creyentes y para poder ofrecerlo a otros de forma significativa y eficaz.
- *El discernimiento comunitario.* Es el medio para descifrar los designios del Señor en los signos de los tiempos y enfrentarse a las situaciones que se irán planteando en la vida de la pequeña comunidad: encarnación (dónde, con quién, cómo, para qué), misión compartida, bolsa común, destino del dinero que se va a compartir, proyectos que se asumen, etc.

La celebración del paso a comunidad

La inserción eclesial como creyentes adultos es la meta del proceso pastoral, y por lo tanto la culminación de una etapa crucial en la vida del creyente

y de la Iglesia. Consecuentemente, este momento debe ser celebrado con la importancia y la solemnidad que merece. Es un compromiso que el grupo de jóvenes que va a constituirse como comunidad hace de por vida, por un lado, con la Iglesia, que se convierte en su madre y maestra, y, por otro, con el mundo, su lugar de misión. Este paso, por tanto, es una «consagración», es el sacramento de una seducción que se hace militancia, de una opción definitiva por el seguimiento de Jesús en comunidad dentro de la Iglesia. Todo ello hace que sea una celebración para toda la comunidad parroquial, que es la que acoge a los nuevos creyentes y se alegra, como quien recibe un don inmenso, de los nuevos obreros enviados a la mies de esa pequeña comunidad local. Además, la celebración de este paso supone una referencia inmejorable para el resto de grupos que siguen en el proceso catecumenal, y que ven en los que protagonizan hoy la desemboadura, la imagen viva de lo que pueden ser ellos mañana. Se hace aquí verdad aquello de que «una imagen vale más que mil palabras». De hecho, la comunidad parroquial debe ver en estos jóvenes que celebran el paso a comunidad a los catequistas indispensables del proceso pastoral de otros jóvenes, pues por edad siguen siendo referencias cercanas, y por proceso han alcanzado una madurez que garantiza la calidad del ministerio y el testimonio de lo que viven.

La pequeña comunidad cristiana: modelo referencial del proceso pastoral

El paso a comunidad introduce a los jóvenes en la vivencia creyente comunitaria plena dentro de la Iglesia. La descripción de esta realidad comunitaria necesita de una breve referencia histórica.

A raíz del Concilio Vaticano II surge un fenómeno comunitario plural que entronca con el cristianismo de los orígenes. En él se presenta un nuevo modelo de Iglesia con dos dimensiones: en el interior, la conciencia de la Iglesia como pueblo de Dios en marcha; en el exterior, con la nueva ubicación

de la Iglesia en el corazón de la sociedad²⁹. Se abre el camino de la Iglesia-comunidad, la Iglesia como comunidad de comunidades. Desde ahí surgen en su seno diferentes tipos de comunidades en las que se recupera la referencia y el modelo de las primitivas comunidades cristianas fundamentadas en el estilo de vida comunitario de Jesús: «Los escritos del Nuevo Testamento, testimonio elocuente de lo que era la vida y el sentir de las primeras comunidades, dan a conocer los principales rasgos, gestos y actitudes del estilo de vida que esas comunidades llevaban. Comunidades más bien pequeñas, sencillas, de estructura doméstica y fraternal, dispuestas a acoger a los convertidos, preferentemente a los pobres, sometidas a tensiones y conflictos, a veces en el interior de ellas mismas (Hch 15; 1 y 2 Cor) pero sobre todo con el mundo exterior (Hch 6-7; Rom 12, 2; 1 Jn), comunidades que no dudan el llamarse a sí mismas la “ekklesía de Dios” y que, en cuanto guiadas e impulsadas por el Espíritu, sirven de referencia y modelo para el resto de las comunidades».³⁰

Los rasgos constitutivos de las pequeñas comunidades cristianas, que son a la vez desembocadura y referencia del proceso de pastoral juvenil, son los siguientes:

- Una comunidad *de fe*, porque su raíz es que Dios es Padre y Él es quien les congrega como hijos y hermanos. La comunidad es donde comparten y alimentan su fe a través de la oración, de los sacramentos como signos de salvación, de la búsqueda de la voluntad de Dios, de la escucha de la Palabra, de la Reconciliación, de la lectura creyente de la realidad, de la corrección fraterna, de compartir lo que son, lo que quieren y lo que tienen, de crear comunión.
- Una comunidad *de vida*, porque se construye una fraternidad de iguales. Siempre está en proceso hacia una plenitud de entrega. Es lugar de

²⁹ Tamayo-Acosta, J. J., *Hacia la comunidad II*, Ed. Trotta, 1993, p. 132.

³⁰ Movilla, S., «Las comunidades cristianas juveniles en la Diócesis de Madrid (1965-1995)», Extracto de la tesis doctoral. Universidad Pontificia de Salamanca, 1999, p. 25.

crecimiento humano, de maduración afectiva; es una escuela de amor, de diálogo, de escucha y de servicio. Y pasa por compartir las cosas más sencillas, lo cotidiano, con sus alegrías, penas, problemas y posibilidades.

- Una comunidad *profética*, porque es parábola del Reino: la comunidad es el modelo alternativo frente al individualismo, el consumismo y el ansia de tener. Es una profecía de solidaridad, de amor y de entrega; es una parábola de la Nueva Humanidad, que anticipa los bienes escatológicos.
- Una comunidad *encarnada*, porque pretende ser presencia en el entorno social (trabajo, barrio, ciudad, etc.) y entre los hombres, especialmente los más pobres, potenciando semillas del Reino, denunciando situaciones injustas y planteando alternativas para cambiarlas.
- La comunidad es un *proyecto siempre en marcha* porque nunca está plenamente realizada. Corresponde al día a día, desde el amor y la entrega a los hermanos, la vivencia de la acogida de cada uno como es y el compromiso de sostenerles para que sean fieles a la opción tomada.

VII. RETOS COTIDIANOS DE LA PEQUEÑA COMUNIDAD

La pastoral de pequeñas comunidades es imprescindible para que la Iglesia sea misionera y lleve a cabo la nueva evangelización, porque estos núcleos comunitarios representan una alternativa de vida a lo que la sociedad y el mundo presentan, porque son modelo de referencia cercano para otros grupos de jóvenes del proceso catecumenal, y porque encarnan un perfil de creyente militante y comunitario comprometido con los valores del Evangelio en ámbitos parroquiales. Sin embargo, este estilo de vida comunitario sencillo, encarnado y comprometido con los problemas sociales, no va a encontrar un camino llano sino que, más bien al contrario, deberá salvar las numerosas dificultades que supone testimoniar, sin complejos, una fe creadora de cultura desde la experiencia del Dios de Jesús. Algunos de estos

problemas serán demonios interiores, pues la comunidad está formada por humildes pecadores, y otros tendrán que ver con el conflicto sociocultural que se deriva de estar inmersos en unos valores totalmente opuestos a los que la pequeña comunidad refleja.

La vida cotidiana en comunidad no es un camino fácil, está lleno de autoengaños, limitaciones, errores, pues quienes forman la comunidad no son más que personas, con sus virtudes y sus defectos. La vida en comunidad exige, por tanto, un continuo aprendizaje de aceptación del hermano, un estado de alerta permanente para no mundanizarse y un continuo volver a Jesús y su proyecto a través de la Reconciliación. En cierta manera podríamos decir que la pequeña comunidad no es el final de nada, sino el comienzo de un camino que consiste en vivir construyendo comunidad.

Caminar contracorriente supone también desgaste, cansancio e, incluso, acomodo a la realidad circundante. En definitiva, conformarse con el punto del proceso a donde se ha llegado, renunciar a la vida de tensión y lucha que implica la fe militante, y engañarnos creyendo que ya no podemos hacer más, que ya hemos alcanzado la meta de vivir con coherencia nuestra vida cristiana, creyéndonos «buenos» pues vivimos en comunidad, optamos por los pobres, rezamos y celebramos. La felicidad burguesa, en el sentido de comodidad y acumulación de seguridades, es profundamente antievangélica, y en ese sentido, acomodarse significa la muerte de la pequeña comunidad. La realización de la persona y de la comunidad es un esfuerzo constante de superación y de desprendimiento, es al mismo tiempo un proceso continuo de desposesión y un proceso de personalización. La experiencia fundamental que hay que mantener tanto en la vida personal como en la comunitaria no es la de armonía sino la de tensión y lucha: ante la pregunta de si el hombre está hecho para el reposo o para la lucha, humildemente tenemos que responder que parece que el hombre no vive auténticamente como tal más que en el esfuerzo creador, y la inmovilidad significa su decadencia. El contraste sincero, la corrección fraterna, el retiro anual, las aportaciones de expertos en teología espiritual y el contraste con otras comunidades

ayudarán a exorcizar este demonio interior e impulsarán a la conversión permanente.

En el otro lado de la balanza está el perfeccionismo espiritual, que no es más que un narcisismo, individual o de grupo, por el que se lleva al extremo la dinámica de entrega y de sacrificio, convirtiéndolo en una especie de heroísmo prometeico que acaba derivando en una carga insoportable para los miembros de la comunidad. Es necesario entender que la comunidad, además de ser tarea, es don, y que los miembros de la comunidad no son ideales y que tienen sus limitaciones. De nuevo el contraste con el Evangelio, con acompañantes y con otras comunidades, ayudará a encontrar el correcto equilibrio entre el barro que somos y la santidad a la que estamos llamados. La comunidad, de esta manera, tiene que aprender a vivir en equilibrio la realidad y la utopía para que el servicio al Reino sea eficaz y duradero.

Otro reto comunitario es no olvidar a los pobres en lo cotidiano. La realidad de abundancia que nos rodea por vivir en el primer mundo, y la ausencia de tiempo y las prisas que caracterizan nuestra sociedad, hacen que el deslizamiento hacia la despreocupación por los empobrecidos sea sutil pero real. Hoy más que nunca urge vivir con estilo de pobreza en medio de la abundancia. Las comunidades deben vivir con certeza que un ideal de pobreza (o de sencillez generosa) es el que permite el desarrollo de la vocación personal, frente a dos estados que la impiden: la miseria y la riqueza. Un mínimo de bienestar y de seguridad son necesarios para una vida digna, pero tan necesarios como un límite de bienestar y de seguridad. Las comunidades cristianas deben recordar, frente al concepto de prudencia al modo burgués, la parábola de los lirios del campo, que es un precepto fundamental.³¹

La experiencia de las comunidades juveniles existentes nos trae otro reto: el de las llamadas parejas «mixtas» en el que uno de los componentes del

³¹ Cf. Mounier, E., *Obras completas*, Ed. Sígueme, Salamanca 1990.

matrimonio pertenece a la comunidad pero el otro no. Este reto no tiene fácil solución cuando el componente de la pareja que no está en la comunidad no es respetuoso, en las dinámicas y exigencias cotidianas de la comunidad, con su cónyuge. Sin embargo, cuando existe este respeto, sí puede darse la experiencia comunitaria siempre que la pareja creyente y el resto de la comunidad asuman que esta situación acarrea limitaciones que es necesario acoger. La sinceridad de motivaciones y la presentación humilde de lo que uno es, con los dones y las mediocridades, deben llevar al necesario equilibrio que supone el aceptar a cada hermano sin dejar de mirar la radicalidad evangélica a la que está llamada la comunidad y cada uno de sus integrantes.

En estas comunidades de laicos, compuestas la mayoría de las veces por matrimonios creyentes, se da la tentación en lo cotidiano de replegarse sobre lo privado: la familia, la pareja, los hijos, la casa, la profesión, etc., dejando a los espacios comunitarios y al compromiso militante el tiempo sobrante, que, con el transcurrir de la vida, cada vez se hace más pequeño. Esta tentación debe atajarse acudiendo a las fuentes originarias, renovando cotidianamente la experiencia fundamental de encuentro con Cristo, reconociéndole como el único Señor. Momentos de oración reservados en lo cotidiano, espacios en la casa que faciliten este recogimiento, y retiros periódicos que ayuden a renovar esta mística, se hacen totalmente necesarios para mantener la vida creyente militante y comunitaria. Conviene también poner medios que, en lo cotidiano, faciliten la vida comunitaria: así, y a modo de ejemplo, vivir algunos miembros de la comunidad en pisos del mismo bloque facilita el encuentro cotidiano, la oración comunitaria diaria, y las revisiones fraternas en ambientes tan propicios como cenas, etc.

Muchos más son los retos que podríamos mencionar (los derivados de la falta de referencias, o de la condición juvenil, o del carácter seglar de sus miembros, etc.) pero no caben aquí y debemos remitirnos a otras obras³².

³² Gómez, P. J., *Las comunidades cristianas*, Plataforma de comunidades ENCOMUN.

En todo caso, estos retos de las pequeñas comunidades lo son, por ello, también de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

La pastoral juvenil de la Iglesia es un proceso vocacional que acompaña al joven entre los 18 y los 25 años, aproximadamente, de forma que termine en discernimientos vocacionales, en lo personal, y en la formación de pequeñas comunidades que se inserten en parroquias, en lo grupal. Este proceso se desarrolla en etapas, todas importantes, porque se acompañan con la evolución psicoafectiva y la maduración en la fe que va experimentando el joven en camino. Sin embargo, la etapa de desembocadura, a pesar de ser olvidada o deficientemente realizada en la mayoría de los proyectos que se ponen en práctica en las parroquias, es especialmente importante. En ella se invita al joven a que, desde las experiencias de conversión a Cristo, de comunidad y de opción por el Reino, se plantee el resto de las opciones vitales: estado de vida, estilo de vida, profesión, uso del dinero, compromiso social, etc.

El futuro de las comunidades parroquiales y de la misma Iglesia dependerá, en gran medida, de estas pequeñas comunidades insertas en el barrio y en la vida de la parroquia. Éstas, aparte de otras consideraciones, son la clave referencial de los procesos de pastoral que aspiran a decir con Cristo: «ven y verás».

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Nuevo diccionario de catequética*, Ed. San Pablo, Madrid 1999.
- BUBER, M., *El camino del ser humano y otros escritos*, Ed. Mounier, Madrid 2004.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR, Conferencia Episcopal Española, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo*, Edice, Madrid 1992.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Ed. Edice, Madrid 1999.
- DÍAZ, C., *El libro del militante personalista y comunitario*, Ed. Mounier, Madrid 2000.
- DÍAZ, C., *El libro de los valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier, Madrid 2000.
- DÍAZ, C., *Soy amado, luego existo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2000.
- DÍAZ, C., *Diez palabras clave para leer el Credo*, Ed. Mounier, Madrid 2004.
- GARCÍA MAESTRO, J. P., *Pensar a Dios desde el reverso de la historia*, Ed. Acción Cultural Cristiana, Salamanca 2004.
- MOUNIER, E., *Obras Completas*, Ed. Sígueme, Salamanca 1990.
- MOVILLA, S., *Animación de grupos en proceso*, Ed. CCS, Madrid 1993.
- PAYÁ, M., *La planificación pastoral al servicio de la evangelización*, Ed. PPC, Madrid 1996.
- PLACER UGARTE, F., *Una pastoral eficaz*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1993.
- PEDROSA, V., SASTRE, J. Y BERZOSA, R., *Diccionario de Pastoral y Evangelización*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001.
- PUJOL i BARDOLET, J., *El ministerio de animación comunitaria*, Ed. San Pablo, Madrid 1998.
- SASTRE, J., *¿A qué convocamos a los jóvenes?* (libro y dos vídeos), ECOE, Madrid 1998.
- SASTRE, J., *El acompañamiento espiritual*, Ed. San Pablo, Madrid 1993.
- SASTRE, J., *El discernimiento vocacional, Apuntes para una pastoral juvenil*, Ed. San Pablo, Madrid 1996.
- VANIER, J., *Comunidad: lugar de perdón y fiesta*, Ed. Narcea, Madrid 1985.

- VELASCO, R., *La Iglesia ante el tercer milenio*, Ed. Nueva Utopía, Madrid 2002.
- YUSTA, J., *Diccionario de antropología creyente*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2004.